

esta razon los enemigos de la libertad la han calumniado siempre.

No han bastado nunca para imponer silencio á sus detractores, ni la historia de sus gloriosos hechos, ni su amor al orden, su denuevo y acreditada sensatez.

Pero la Milicia ciudadana es el pueblo armado, y el pueblo no debe tolerar que sus gobernantes le opriman.

No lo dudeis, españoles, los que no son amantes de la Milicia nacional, son los seides de la opresion; los que desconfian de la Milicia nacional, nunca han sido liberales; los que atacan los derechos de la Milicia nacional; son traidores.

Espartero que con razon se envanece de pertenecer á ella, no debe consentir jamás que se la humille y degrade.

Hé aquí por qué los enemigos de la libertad odian á la fuerza ciudadana y crean en su lugar numerosos ejércitos.

Los tiranos jamás pueden sostenerse por el amor de los pueblos, porque los pueblos no aman á quien les veja y oprime.

El dictador de aquellos aciagos tiempos contaba con el desarme de la Milicia nacional, y con las bayonetas de un ejército de cien mil hombres.

¿Es justo que pague el pueblo doscientos ochenta millones para la manutencion de una fuerza, sin la cual no puede subsistir la tiranía?

Vamos á dar solucion á este problema.



## CAPITULO XIX.

### LA CONTRIBUCION DE SANGRE.

El gobierno que no sabe sostenerse por el amor y contentamiento de los gobernados, no es buen gobierno.

El pueblo que, merced á la sabiduria de probos gobernantes, vé abierta ante sus pasos una senda de gloria y prosperidad, la sigue satisfecho sin acordarse de los hombres que dirigen los negocios públicos, mas que para colmarles de elogios y bendiciones.

En este caso son imposibles las conmociones populares, porque el pueblo no se rebela nunca contra los que le gobiernan bien; y si alguna parcialidad ambiciosa se subleva, sin mas objeto que satisfacer venganzas personales ó escalar el poder con intenciones bastardas, queda al momento ahogada por el solo aliento de la indignacion general, así como se levantaria la nacion en masa contra el extranjero invasor que intentára arrebatarle la santa libertad, fuente inagotable de cuantos bienes atesora el pueblo que no dobla su cerviz al ominoso yugo de la tiranía.

Para este pueblo soberano, libre é independiente, están de mas los ejércitos; pero aun suponiendo que le fueran indispensables para conservar el orden interior, y defenderse de toda agresion extranjera, jamás aprobaríamos el ominoso sistema de las quintas, que se conoce por el horrible epíteto de *contribucion de sangre*.

¿No hay Milicia nacional mas interesada que nadie en la conservacion del orden público?

¿No puede movilizarse parte de ella por medio de enganches voluntarios?

¿Y siendo esta fuerza ciudadana muchísimo mas numerosa que cualquier ejército que pudiera formarse, no sabria rechazar denodadamente los ataques de un insensato conquistador?

¿No debe suponerse mayor entusiasmo y denuedo en los que defienden sus propios hogares, sus esposas, sus hijos, su fortuna, su bienestar, su honor propio y el honor y la independencia de su patria, que se lanzan á la liza por la conviccion del deber y con el entusiasmo de hombres libres, no han de hacer mas proezas, repetimos, que esos otros hombres á quienes las quintas hacen soldados, y que esclavos de la disciplina militar, se convierten en máquinas de destruccion, condenados sopena de la vida á obedecer ciegamente á sus superiores, sin tener siquiera derecho á curarse de si es justo ó injusto lo que se les manda?

Si las ventajas están en favor del hombre libre armado ¿á qué crear un ejército de esclavos?

Esclavos, sí, fuerza es decirlo en alta voz, porque no hay esclavitud mas insoportable que la del hombre á quien se arranca del seno de su familia, ya que no para quitarle la vida, para exponerla á todo linage de privaciones, á fatigas incesantes, al hambre y la desnudez, á los mayores peligros, y violentarle á que pa-

se lo mas florido de la juventud en los cuarteles, renunciando á la pacífica vida social, y en vez de recibir las caricias de sus padres, someterle al bueno ó mal humor de sus oficiales, á los malos tratamientos de un sargento ó de un cabo que le castiga con la vara, cual si se tratara de un ente irracional!

Si esto no es esclavitud, si no es esclavitud el ser víctima del abuso de la fuerza y vivir contra la voluntad propia, lejos de los queridos objetos que escitan las mas tiernas afecciones del corazon, si no es esclavitud convertirse en instrumento ciego del que manda y obedecer sin réplica á la voz de un superior, aun cuando el mandato sea el homicidio de un padre, de un hijo, de un hermano, de una madre!... si todo esto no es la mas detestable esclavitud, repetimos, no sabemos qué calificacion dar á una vida agena de voluntad propia, á una vida de estrecha subordinacion, en que se obliga al hombre á que todo lo sacrifique á la severidad de la ordenanza.

La humanidad, la justicia, la civilizacion reclaman imperiosamente la abolicion del degradante sistema de las quintas, porque es una iniquidad privar á un padre de su hijo, es un crimen espantoso especular con la sangre del hombre, es un atentado imperdonable arrebatar brazos á la agricultura, al comercio, inteligencias á las ciencias y á las artes para regimentar huestes en favor de la dictadura militar.

¿A qué conduce pues ese cruel abuso de la fuerza?

¿A qué conduce esa ley tiránica que atropella todos los derechos del hombre?

¿No hay bayonetas, no hay valor, no hay entusiasmo en la Milicia ciudadana para asegurar el triunfo de la Soberanía nacional?

¿No está esta soberanía, que todos acatar debemos como el supremo poder del Estado, no está identificada con el pueblo armado?

¿Cuál es pues la idea de crear un nuevo ejército?

Nosotros lo diremos, nosotros que nos hemos propuesto pronunciar siempre en voz muy alta la verdad, diremos que los que aboguen por las quintas, no pueden tener otro fin que crear precisamente una fuerza de resistencia á esa misma soberanía de la nación, una fuerza que en caso necesario luche en favor del gobierno, y como un gobierno que se desvie de la voluntad nacional jamás hallará apoyo en la fuerza ciudadana, es de todo punto indispensable que para sostenerse cuente con un numeroso ejército, á quien la disciplina militar no le permite rebelarse en ningún caso.

Y no encubran los ambiciosos sus bastardas intenciones con el manoseado sofisma de que el pueblo armado es propenso á la anarquía.

Este es un absurdo intolerable, es una calumnia sangrienta, porque la anarquía no surge nunca de la baja esfera, es como el rayo devastador que siempre cae de arriba.

Ábranse las páginas de la historia, y se verá que en todos tiempos y en todas las naciones han tenido su origen las conmociones populares en el abuso de la opresión, en la anarquía de los gobiernos; y es fácil comprender esta verdad, porque raros son los magnates que en medio de su grandeza ven saciada su ambición y su codicia, al paso que la codicia y la ambición de los pueblos es el orden, el sosiego, el bienestar.

Sentado pues el principio de que la creación de un numeroso ejército solo arguye intenciones sospechosas, cuando el país entero está armado para sostener la tranquilidad interior y defenderse

de invasiones extranjeras, y que el crear una nueva fuerza armada solo puede tener por objeto contrarestar, cuando se juzgue oportuno, la voluntad de este pueblo soberano ¿no es añadir el escarnio á la iniquidad y á la injusticia, pedir á este mismo pueblo doscientos ochenta millones para el sosten del ejército que ha de oprimirle?

Los tristes acontecimientos del 26 de marzo de 1848 prueban la veracidad de nuestros asertos.

Desarmada la Milicia nacional, tuvo comienzo la época de los mayores escándalos, porque ya los tiranos no tenían á quien temer y contaban con el apoyo de cien mil hombres para avasallar al pueblo, cien mil hombres que mantenía este mismo pueblo con el sudor de las pobres clases trabajadoras!

Triunfó el dictador porque le apoyaron los soldados, que al fin, como españoles eran también valientes; y aunque como hombres condenasen la conducta del tirano, era preciso obedecerle, porque no cabe otra cosa en la disciplina militar; y por esta razón halagan tanto á los generales ambiciosos esas quintas, cuya abolición no debe retardarse sino ha sido una frase vacía de sentido la que ostentaba por norte de sus acciones el gobierno de la revolución de julio: *Cumplase la voluntad nacional.*

Si las quintas consideradas en su esencia son funestas para las familias en las cuales introducen el desconsuelo, si son funestas para la agricultura, á quien roban millares de brazos en toda su lozanía, si son funestas para la libertad porque dan armas á los opresores, si son funestas á los mismos soldados á quienes esclavizan y convierten en verdugos de la humanidad, sube de punto su inconveniencia cuando vemos que únicamente afectan á los pobres.

Como si la indigencia de las clases proletarias, las privaciones

del honrado artesano, no fueran suficientes para amargar su fatigosa vida de penalidades y trabajos, parece que haya un empeño de parte de los que gobiernan la nación, en que todas las calamidades pesen exclusivamente sobre la benemérita clase jornalera.

Se proclama por todas partes MORALIDAD.

Vuela de boca en boca esta hermosa palabra.

MORALIDAD es la exigencia primordial que la nación proclama al ceñirse la suprema corona de su incuestionable soberanía.

MORALIDAD suenan mil ecos por todos los ángulos de España.

MORALIDAD grita á su vez el gobierno, y sin embargo se trata de hacer un tráfico horrible con la sangre de los ciudadanos.

¿Quién tiene facultades para exigir un tributo de SANGRE?

¿Quién osa en el reinado de la tan cacareada MORALIDAD apelar á las ominosas quintas, y establecer la sustitucion en cambio de dinero?

¿Puede haber mayor injusticia, mayor *inmoralidad*, iniquidad mas atroz que nivelar el oro de los ricos con la sangre de los pobres?

Poco les importan las quintas á los padres que viven en suntuosos palacios; les basta una cantidad mucho menor de la que les cuesta el mas insignificante festin para librar á su hijo del sorteo, y el hijo y el padre son acaso dos entes INÚTILES, que viven en incesante holganza, rodeados de imbéciles lacayos atentos á sus caprichos, y de goces materiales; pero el artesano honrado, que ejerce una modesta profesion haciéndose de este modo ÚTIL á su patria, y cuenta en su trabajo con los conocimientos, la destreza y cooperacion de su hijo para mantener á la familia con el escaso sobrante que las contribuciones le dejan, este padre, solo porque es pobre, porque no tiene el oro que el rico despilfarra, ha de obe-

decir á una ley inflexible que con acento aterrador esclama: YA QUE ERES POBRE... DAME TU HIJO!!!

Responded, hombres de los palacios ¿cabe la justicia en semejante escándalo?

¿Cabe esa moralidad que tanto vociferais, en robar un hijo á una tierna madre, solo porque no vive y huelga en la abundancia como vosotros?

¿O creéis acaso que no debe guardarse consideracion alguna á los pobres?

¡Hombres de los palacios! ¿alegais para justificar tan escandalosos privilegios vuestros títulos de nobleza?

Callad, imbéciles... ya os lo dijimos en otra ocasion:

¿Qué importa la haya heredado  
El que es vil á todas luces?  
Es mas noble el pobre honrado  
Que el ladron condecorado  
Con cintas, bandas y cruces. (1)

Os acordais de los pobres para que os sirvan como esclavos, os acordais de ellos para que *contribuyan con su sangre* al mantenimiento de vuestra opulencia; y cual si fueran estúpidos ilotas les cerrais las puertas de los colegios electorales!

Les negais el precioso don de la inteligencia, y habeis de confesar que sus callosas manos han fabricado esos palacios suntuosos que os cobijan, esos lujosos muebles que os rodean, esas magnificas carrozas que mecen vuestro orgullo y tal vez vuestra ignorancia.

¿Con qué recursos conquista  
Su gran lujo el opulento?

(1) Un Héroe de las Barricadas.

¿Quién adorna su aposento?  
¿Quién le enaltece? El artista  
Con su mágico talento.

Las preciosas colgaduras,  
Las doradas sillerías,  
Los relojes, las molduras,  
Las magníficas pinturas

De selectas galerías,  
Primores son, y se debe

Todo, al talento, á las manos  
De apreciables artesanos,

A los cuales llaman plebe  
Los aristócratas vanos.

¿Existiera la opulencia  
Sin el benéfico arrullo

Del arte unido á la ciencia?  
Póstrese pues el orgullo

Y acate á la inteligencia.

¡Hombres del gobierno! haced una vez justicia á las pobres  
clases jornaleras.

Respetad el sagrado del hogar doméstico, dejad á los hijos jun-  
to á sus padres, y no lleveis la desolacion al seno de las familias  
en vez de labrar la felicidad del pais, del pais que os paga, del  
pueblo que es vuestro señor.

Las precedentes líneas de este capítulo, vieron la pública luz  
el 13 de enero de 1855 en el periódico *La Soberanía Nacional*, y  
tuvimos la satisfaccion de que nuestras ideas escitaran las simpa-  
tías de todos los periódicos de España, mas ó menos avanzados en  
principios liberales.

*La Emancipacion* ha consignado tambien en uno de sus pri-  
meros números, las mismas tendencias filantrópicas, segun el ra-  
zonado escrito que ha dedicado á los ejércitos permanentes, del

cual no podemos resistir al deseo de dar á conocer á nuestros lec-  
tores las siguientes líneas:

«Hubo tiempos en que el poder aristocrático hasta se burlaba  
del clerical y del monárquico. Los reyes supieron formar una cau-  
sa comun con los pueblos: se emanciparon recíprocamente del yu-  
go de los señores, y el poder monárquico popular abatió el orgullo  
y tiránicas pretensiones de los poderes teocrático y aristocrático.

«Vinieron otros tiempos, y el pueblo sintiendo que valia algo  
mas, que podia algo mas que lo que le dejaban valer y poder los  
reyes, creó el poder popular, contra el cual se aliaron los cetros  
con la nobleza y la teocracia.

«Una gran calamidad, como diria Montesquieu, cayó sobre la  
Europa á principios de la edad moderna; se inventó la funesta  
institucion de los ejércitos permanentes, vistos los buenos resulta-  
dos que daba á los monarcas la tropa asalariada. Desde entonces se  
levantó el poder militar, estrechando cada vez mas su disciplina,  
sometiéndole cada vez mas á la ordenanza, código especial, fuero  
particular que los deroga todos, que arranca de la jurisdiccion civil  
del poder general de la nacion, á cuantos estén de cualquier mo-  
do, aunque no sea mas que por el uso del uniforme, mas ó menos  
vinculados al ejército.

«El poder militar no ha nacido del pueblo; fué pensamiento  
de reyes, de reyes conquistadores, de reyes guerreros, de reyes,  
como todo hombre belicoso, funestos á la nacion que gobernaron,  
tanto ó quizá mas que á los pueblos, cuya paz y relaciones altera-  
ron por su bastarda ambicion.

«El poder militar, generalmente, ha servido la causa del des-  
potismo, por lo menos ha sido siempre el brazo fuerte de los reyes  
absolutos. Los reyes suelen ser los gefes de sus ejércitos. Con ejér-

ritos subyugan los monarcas á los pueblos, con ejércitos derriban las hechuras de los estados libres; con ejércitos se oponen á los progresos de la humanidad é independencia de las naciones.

«Es verdad que en ciertas ocasiones se asocian los ejércitos al pueblo que se subleva contra sus tiranos; mas eso es lo escepcional, no es la regla, y ademas eso es señal inequívoca de que las buenas ideas pululan, de que los soldados salen del pueblo, y empiezan á tenerle simpatías, y de que muchos oficiales y gefes superiores se van liberalizando.

«De todos modos, los ejércitos permanentes son una institucion que está destinada á desaparecer, pertenece al pasado. Para mas adelante no habrá ejército. Los pueblos marchan cada dia mas hácia la paz, para la cual está hecha la sociedad, y mientras haya reyes conquistadores, con grandes ejércitos, esa paz será imposible. Los pueblos libres, las naciones que se gobiernan por sí, por medio de sus representantes, en uso de la soberanía nacional, no necesitan de ejércitos. Dia ha de llegar, y no lejano, en el que las naciones harán un pacto de paz y mútua proteccion; y desde aquel dia la guerra, los ejércitos y las formas de gobierno que ellos sostienen, pasarán al museo de la historia.»

¡ Madres! vosotras á quienes una ley tiránica, arranca un pedazo de vuestras entrañas cada vez que se os roba el hijo que en ellas concebisteis, el hijo que alimentásteis con vuestra propia sangre, el hijo cuyos primeros pasos dirigíais, cuyos primeros besos llenaron vuestro corazon de consuelo, demandad justicia para que no os priven de sus caricias, precisamente cuando se hallan en la flor de su edad, cuando con el fruto de su trabajo recompensan vuestros afanes y desvelos.

La voz de una madre que aboga por sus hijos es la voz de la Divinidad.

Demandad justicia, y os la hará el cielo si los hombres desoyen vuestros adoloridos clamores.

Dad ejemplo de energía á vuestros esposos.

Ellos tambien, como padres, deben pedir la abolicion de la inicua ley que les arrebató el cariño y el apoyo de sus hijos.

¡Padres! ¡madres! no son únicamente las fatigas de las marchas, no son las privaciones, el hambre, la sed, y los peligros de la muerte en los campos de batalla lo que amargaré la existencia de vuestros hijos.

La disciplina militar exige que renuncien á los mas nobles y generosos sentimientos.

La historia nos revela multitud de sucesos que justifican esta dolorosa verdad.

Os citaremos algunos para probaros que la ordenanza militar asesina á veces á los hombres mas pundonorosos, esto dará variedad á nuestra obra: la variedad ameniza los libros; prestadnos atencion.

